

LO QUE EL PUEBLO DESEA DEL CONCILIO



Por ENRIQUE
MIRET
MAGDALENA



A habido un documento pontificio que, por primera vez en la historia, ha sido mejor entendido por la masa que por los especialistas católicos. Se trata de una carta que dirigió Juan XXIII a todos los hombres de buena voluntad con el título: «Paz en la tierra».

Su estilo llano, sin esa grandilocuencia que parecía constancial a todo documento salido de la pluma de un Papa, es una primera muestra de este acercamiento al pueblo, que fue norma constante del Pontífice Roncalli, como lo había sido, hace veinte siglos, de su Jefe y Maestro Jesucristo.

Estábamos demasiado cansados de oír un lenguaje protocolario y lleno de tecnicismos, que escapaba a la mentalidad sencilla de los que no tienen tiempo de leer los manuales escolásticos, pero querían conocer mejor el Mensaje de Jesús para nuestro tiempo.

La gente quiere que no se discuta ya de ideas teóricas, por importantes que fueren, sino de cosas prácticas: de lo que todos los días nos envuelve y nos preocupa. El estilo que el pueblo desea no es el difícil de las cartas de Pablo, sino el pintoresco de los evangelistas sinópticos, del publicano Mateo, del médico Lucas y, sobre todo, del sencillo Marcos.

De todo eso se hizo eco Juan XXIII en su encíclica, sin que, al principio, la entendieran bien los católicos de cierta cultura. Queríamos medir por el mismo rasero este documento pontificio y los anteriores que le precedieron, y nos equivocamos lamentablemente. Íbamos con la lupa y el escalpo analizando frases, valorando ideas y extrayendo principios, y así no era como había escrito el Papa.

El Pontífice evangélico, el que comprendía las necesidades del pueblo y se quería expresar como él, nos dio la clave, y no supimos entenderla. Otros Papas se habían dirigido a los obispos, sus hermanos; o, incluso, a los fieles católicos. Pero ninguno había escrito a todo el mundo. Por eso nos confundimos nosotros, los católicos oficiales. Quitámoslos entender el documento con la clave usual, y el Papa había cambiado de clave.



Un cardénigo francés, el padre Vancourt, buen pensador y no muy avanzado (escribe en un periódico católico de tendencia conservadora), acaba de publicar un interesante artículo sobre la moral natural. La misma moral que le sirve a Juan XXIII de norma en su encíclica «Paz en la tierra», porque quiso escribir un documento que pudiese ser aceptado por todo el mundo, cristiano o no.

El pensador francés —como antes hicieron otros de muy distinta tendencia, como el padre Lepp y el psicólogo E. Fromm— nos enseña que la estructura de la moral natural no es ningún fetiche ni biologismo. Si fuera esto, arreglados estábamos; porque tomaríamos como «naturales» en el hombre, todo lo que una exigencia física o biológica pide, y no podríamos contradecirla nunca por respeto a lo creado.

Varios teólogos católicos han razonado mal el concepto de moral natural, equivocándose lamentablemente y produciendo muy poca convicción en los católicos que discurren; porque ese razonamiento ingenuo no podía convencer a nadie.



CUANDO Juan XXIII dice que la convivencia natural debe ser la base de las relaciones entre los hombres de buena voluntad y que, para ello, es preciso aceptar y defender una serie de derechos humanos básicos en nuestro mundo de hoy, no establece ninguna teoría ni ningún principio, sino que hace algo mucho más práctico. Tránsito, al lenguaje y a los problemas de hoy, el concepto de dignidad humana que se desprende del Evangelio.

Y si mañana nuestra sociedad evoluciona y se organiza de otra manera, lo que ha hecho Juan XXIII es recordar a los futuros Papas que, para que la gente entienda, hace falta que comprendan los Jefes de la Iglesia los problemas y anhelos de la humanidad de su tiempo y sepan aceptarlos dándoles cauce cristiano. Así entenderán todo los hombres el Evangelio, sin interpretaciones de los técnicos en Teología.

No cabe por eso mayor error que querer reducir el mensaje del Papa Roncalli a lo que dijeron los Papas anteriores. Eso es intentar convertir la religión en algo estático y petrificado, cuando de lo que se trata es de reconocer la dinámica humana y saber extraer las tendencias permanentes en el hombre, para orientarlas en cristiano, en cada época determinada.

No es con León XIII como hoy que entender a Juan XXIII, sino al revés. Tenemos que hacer un verdadero esfuerzo de adaptación de nuestras mentalidades a las nuevas circunstancias históricas, en vez de canonizar, como definitivas, las normas no infalibles de otras épocas. Y para eso, el magisterio viviente de la Iglesia nos puede ayudar mucho más que el magisterio «muerto» de otros tiempos.



ACE unos años leía yo un divertido libro contra el baile, escrito por un religioso. Y entre las afirmaciones curiosas que contenía estaba la de que el baile «sagrado» —como él le llamaba— siempre era peligro próximo de pecado, y, por tanto, estaba, en general, gravemente prohibido según todos los moralistas. Lo chusco del caso era que, justamente, los moralistas dicen lo contrario: o sea, que el baile, sin dejar de ser peligroso, no es moralmente condenable en sí, pues puede haber motivos sanos que pueden impulsarnos a ello, siempre que se evite que las circunstancias los hagan gravemente obscenos.

Podía haber leído este padre el trabajo del jesuita padre Vittrant quien, basándose en San Alfonso María de Ligorio, dice que el baile «puede ser un ejercicio rítmico alegre y estético, propio para dar armonía al cuerpo y al espíritu». Sin embargo, le era más fácil dar un palmetazo y condenar de un solo golpe toda clase de baile y a todos los que lo practican. El resultado penoso es, sin embargo, que la eficacia de esta clase de moral es nula.

Nada diré de aquel otro teólogo que, en 1954, dice que los bailes hoy de moda son, entre otros: la mazurka, la polka, la habanera, el turkey-trot, etc., etc. Indudablemente, si un joven actual (o de hace diez años) leyera tales ejemplos, no podría por menos de reír remonándose a la época de sus abuelos. Pero lo desgraciado es que este libro sirve de formación en muchos seminarios.

Por eso me pregunto: ¿es posible hacer mella duradera y eficaz en nuestra juventud con este lenguaje y estos conceptos?

Podría, sin duda, multiplicar los ejemplos y citar también un libro recién publicado que, entre sus afirmaciones sobre la falta de ideal de la juventud contemporánea, dice (con palabras de otro autor): «se ven tantos fantoches que, al rítmico crujido de sus botas charoladas, pasean por las aceras de nuestras grandes ciudades».

Pero, ¿cuándo se usaban botas charoladas? ¿a principios de siglo?...

¿Se puede así, con este lenguaje y esta mentalidad, crear convicciones serias en nuestra actual juventud europea que, desgraciadamente, conoce a Sartre, lee a Neruda y estima a Bertold Brecht?



O extraño es que Juan XXIII ha dado un ejemplo escrito de lo contrario, que debía servirnos de pauta, y no le hemos hecho caso.

Decía yo, en un artículo anterior, que al terminar la primera sesión del Concilio, en diciembre de 1962, se quejaba el Papa de no haber sido bien comprendido por los Padres Conciliares; que él quería que entrasen a tratar, a la luz del Evangelio y con el lenguaje de nuestro tiempo, los problemas que aquejan a la humanidad de hoy.

¿Le han hecho al menos caso a lo largo de esta segunda sesión?

Muchos afirman rotundamente que no. Y, sin embargo..., algo se ha dicho...

Lo que ocurre es que no siempre hemos tenido una información completa y aguda del Concilio. Muchos por temor a no acertar y otros por incompetencia, el caso es que la gente no ha estado bien informada, en general, y se pierde al hablar de «Colegialidad de los obispos», «cuerpo místico», «diácono de derecho divino», etcétera. Por eso es necesario que hagamos todos un esfuerzo por aclarar el sentido de todo esto y, sobre todo, señalar al Concilio qué es lo que importa a la gente, para que exista de verdad la «opinión pública» en la Iglesia, que quería Pío XII.



ACE unos días asistía a una misa y oí un sermón docto y bien construido, que adolecía del defecto de partir de unas estructuras mentales que nadie podía entender: hablaba de santidad ontológica y de santidad moral. Y yo me preguntaba: ¿cómo es posible que los oyentes entiendan estas distinciones escolásticas, tan alejadas de su cultura personal? ¿Qué peccata colectiva supone, en el mundo eclesialístico, esta falta de adecuación de sus categorías a las nuestras?

Yo soy el primero en compadecer a tantos y tantos excelentes sacerdotes que llevan a cuevas trágicamente una formación de seminario, desconectada de la realidad, y una cultura libresco medieval, que nada dice a los oídos de hoy. Pero pido a todos —los de arriba y los de abajo— que se acuerden de las frases de Pío XII a la Compañía de Jesús y de Juan XXIII al Concilio, pidiendo la adaptación a un lenguaje y a un pensamiento actuales. El futuro del catolicismo pende en gran parte de este acercamiento.

Porque no se trata de que el clero se «ateglare», que eso nos repugna a los verdaderos seglares; sino de que se acerque comprensivamente a nuestros problemas y a nuestro lenguaje, y lo haga sin prejuicios de una cultura de otras épocas, sino con el sano pensamiento del Evangelio, vivido y conocido a fondo.



N el Concilio, y en los esquemas preparados por las comisiones, se ha evidenciado que las referencias bíblicas estaban mal aplicadas, o mal interpretadas, en bastantes casos. El cardenal Bea y el cardenal Ruffini, dos figuras antagónicas por su preparación y mentalidad, lo han dicho bien claramente. Y ese problema suele ser general.

Cuando se ha leído a los modernos escrituristas, se queda uno desorientado oyendo los comentarios dominicales del Evangelio: un buen porcentaje de pasajes del Nuevo Testamento son interpretados sin tener en cuenta los modernos estudios, y eso es grave. Cuanto mejor sería que, en vez de tener en casa varios manuales en latín, tuviera el clero un buen diccionario o enciclopedia bíblicos, y acudiera constantemente a ellos en su meditación y en su trabajo de preparación de sermones, artículos o libros. Así ganaría él en espiritualidad, y nosotros en cristianismo. «Escuchemos a los laicos» decía el cardenal Suenens a la Asamblea Conciliar el 22 de octubre de este año; y eso es lo que yo pretendo con mis palabras, que sean el eco de las inquietudes y necesidades actuales de los laicos, en amistosa colaboración llena de afecto por el Clero, a quien debemos toda la transmisión de lo sagrado.